

PABLO JULIÁ

La ciudad como objeto fotográfico



La ciudad como objeto fotográfico

Es muy compleja la relación de los fotógrafos y las ciudades y no existe una casuística que nos dé patrones de comportamiento universales. Es posible, de todas formas, establecer algún que otro parámetro común, aunque solo a nivel perceptivo y nunca con criterio de universalidad, que nos ayude a entender los complejos mecanismos en esta interrelación. De todas formas, cada fotógrafo contará de manera diferente esta relación, y me parece mucho más esclarecedor plantearme este texto como *mi* relación fotográfica con las ciudades e intentar encontrar a partir de ahí los lazos comunes con otros fotógrafos.

Siempre he sido consciente de que la relación con las ciudades se establecían desde la extrañeza. Desde pequeño he tenido una relación de sorpresa y perplejidad con el entorno. A los once años fui a un colegio interno en otra ciudad y, salvo durante periodos vacacionales, no volví a mi ciudad hasta los quince años. Todo había cambiado. El volumen, las distancias, la luz, todo era distinto y, a la vez, extraño. Gulliver en Lilliput. La ciudad había encogido, todo era más cercano, mas íntimo. Establecías una relación en la que tu ciudad estaba por descubrir y era una fuente inacabable de sorpresas, pero algo muy importante había cambiado: eras consciente de su existencia. Hasta entonces uno vivía sin ser consciente, atrapado en las tripas de la ciudad.

A partir de ahí, la ciudad se convierte en una especie de escenario con el que se establece una relación. Pero es un escenario, y, desde fuera, observas los elementos que la componen: luces, calles, plazas. Antes no podías ser consciente porque estabas inmerso en su mismidad. Y descubres la ciudad, sus esquinas localizadas, los bancos que serán testigos de amores y desamores, los muros pétreos que se disuelven con las lluvias del tiempo. Y pasan a ser materia del recuerdo imaginado, incierto y difuso, como *déjà vu* repetitivo y persistente. Pero la ciudad está ahí, distante como objeto que observar, pero que forma parte de tu exclusiva intimidad. A todo esto le vas poniendo imágenes, imborrables casi todas ya para el resto de tu vida, con lo que vas tejiendo una red indeterminada, incoherente pero que pasa a ser tu enciclopedia gráfica particular, con la que te mueves. Has creado tu ciudad imaginada.

Esta ciudad imaginada, invisible para los demás, luchará ya para siempre con la ciudad real estableciendo desacuerdos no resueltos. Eso, supongo, estimula el sentirse extranjero en todas las ciudades en las que uno vive a partir de entonces y a crear un cierto distanciamiento. Y será distinta si tu relación es absoluta con ella o intentas hacerla visible –tu ciudad imaginada– a los demás. Es duro y difícil compartirla, porque el reflejo que devuel-



ve es real: al enseñarla, no encuentra el espejo de la imaginada. Y esto, ¿qué tiene que ver con la fotografía? Pues, desde mi particular observación, todo. Uno se hace fotógrafo, virtual o real, en el tránsito de la adolescencia. Cuando mire por el visor de una cámara, aunque sea muchos años después, tendré latentes las imágenes nacidas con la pérdida de la inocencia, cuando la ciudad pasó ser ciudad imaginada, y buscaré apasionadamente en esas imágenes la forma perfecta, el encuentro con la geometría de las formas, el absoluto perfecto. Y, claro está, no lo lograré, pero se toca efímeramente la perfección que alimenta el sueño sin lograrlo, pero haciéndote parásito de esa búsqueda que no te abandona jamás. Todo los fotógrafos de ciudades, me atrevo a decir, tienen marcada esa ansiedad, nunca están de acuerdo con las fotografías realizadas, aunque hayan robado un ápice a la ciudad imaginada.

La ciudad emblemática

Una vez perdida la inocencia, el fotógrafo se encuentra con otras ciudades y establece relaciones de amor-odio con ellas, pero casi nunca de indiferencia. Y se encuentra con muchos tipos de ciudades. La ciudad emblemática, o ciudad postal, sería una posible caracterización. Son ciudades maravillosas, bellísimas, postales que resultan difíciles de fotografiar porque la retina acusa un hartazgo de miradas preexistentes y es difícil una relación, un encuentro original con ella, porque el peso de la ciudad es tal que la calle normal no existe, no existe la calle de tu ciudad imaginada ni la comparación, ni el recuerdo. No hay amor, sino espectáculo bello, demasiado perfecto para hacerlo creíble fotográficamente y que no vuelva a su ser de postal que te haga sentirte extranjero y turista accidental, pero que no te extraña y, de alguna manera, no te produce sorpresa. Uno queda impactado con su belleza, pero esta es incompatible con la imperfección, no la permite. El desconchado afea, la luz tiene que ser una, al amanecer o al atardecer, las personas no forman parte del paisaje o, si lo forman, son puntos de geometría con los que el fotógrafo juega para componer simetrías, manteniendo, una vez más, la postal, el emblema.

La ciudad fotográfica

Hay excepciones en las ciudades emblemáticas que, supuestamente, confirman la regla. París, por ejemplo, la nueva Tebas con su pirámide del Louvre, es una ciudad emblemática en cuanto que sus postales nos han llenado la retina desde muchos años antes de conocerla. Pero sorprende, porque se deja fotografiar con sus desperfectos creando poesía con la cámara, permitiéndote entrar en ella como en una ola donde las imágenes se van con-



catenando una tras otra y las miradas preexistentes no te encelan sino que añaden calor y vida a las tuyas propias. La luz es perfecta, menos en el corto verano, y tamiza acariciando a su gente y a sus piedras, y uno se encuentra, sorprendentemente, con Doisneau, con Cartier-Bresson, con Godard, con Truffaut en cualquier esquina o chaflán, ayudándote a querer la ciudad y a que te envuelva la poética de sus calles vivas, las grandilocuentes y las que tienen arcos con gatos y con olores que te hacen adorar la belleza imperfecta acercándose, sin que de te des cuenta, en el instante decisivo, a tu ciudad imaginada. No la alcanzas, pero la tocas efímeramente, lo justo para mantener la leyenda y que sigas haciendo fotos hasta morir.

Hay ciudades que parecen hechas por fotógrafos, como Nueva York. El trazado de la inmensa mayoría de sus calles es favorecida por la iluminación del sol, naciendo este al principio de la calle y poniéndose por el final, de manera que sus rascacielos no se «caen» visualmente, están bien iluminados y la anchura de sus avenidas te permiten recrearte en el *background* visual del cine al que estamos habituados, pero, como en el caso de París, no contamina, sino que se suma a la capacidad de mirar.

Shanghái es otra ciudad fotográfica, salida de *Blade Runner* con la diferencia de la falta de poesía de sus calles por el agobio de su calor húmedo y la niebla provocada por la contaminación que casi no permite mirar por la cámara sin que se condense el ocular y que asuste la posibilidad de que el calor disuelva las lentes de tu cámara. Es una relación dura, pero atractiva, interesante y difícil. La coexistencia de niebla y luces de neón crean una irrealidad extraña que estimula pero que distancia, y no encuentras el eco ni el reflejo de la ciudad imaginada. La extrañeza y la sorpresa es de otra galaxia que no es la tuya pero que te permite encontrar una esquina desconocida en la relación con la ciudad que, a pesar de su horrible luz y la humedad, te anima a querer repetir, porque sabes que forma parte de una estética lejana pero que llega sin saber destino. Imaginaria continua. Extrañísima desazón.

Ciudades perfectas para ser contempladas, pero no para ser interpretadas

Si acercamos la mirada a algunas ciudades andaluzas, podríamos hacer una subjetivísima división entre ciudades emblemáticas y fotográficas, aunque, a veces, el tiempo y las vivencias las hace cambiar en la mente del fotógrafo.

En principio, en mi primaria caracterología, las ciudades emblemáticas son Córdoba, Granada y Sevilla. Ciudades espectaculares pero difíciles de fotografiar o de sentirse con-



formes con el objeto de deseo. La relación es diferente si se pasea por la ciudad y solo se «fotografía» sin la cámara. Ciudades que se dejan acariciar por la mirada y uno se encuentra en sus calles y plazas. Sin embargo, resultan, para mí por lo menos, complicadas cuando uno mira por el visor. Las perspectivas se corrompen, las dimensiones se alteran y es permanente la sensación de postal sin tercera dimensión. Y la luz: no es posible ni deseable sacar la cámara, a no ser por exigencias del guión, en las horas del mediodía en estas ciudades. La luz es horrible, afea lo bello y desaparece la poesía que solo es rescatable por la noche, al amanecer o al atardecer. Son ciudades pasivas, hasta cierto término, en las que uno siente no añadir nada con su paisanaje o el de los otros. Ciudades perfectas para ser contempladas, pero no para ser interpretadas. La complicidad y el guiño es con los ciudadanos que la habitan, no con sus muros o plazas, que parecen enormes escenografías, plató de cine pegados al tiempo, intemporales y un tanto mayestáticos pero esenciales en su definición. Si no se cuenta con la escenografía, se fotografía una ciudad, pero su referencia aparece oculta, sin la identidad del lugar, ajena a la definición.

La complicidad de lo anecdótico

Diría lo contrario de ciudades fotográficas como podrían ser Málaga, Almería o Cádiz. Aquí es permitida y obligada la interpretación y se puede ser cómplice de muros o desconchados de calles imperfectas, y su luz, potente, se deja pintar con la cámara, creando cercanías. Lo anecdótico se convierte en esencia poética y en espíritu de identidad. Y te permite ser distante, que no pierdas el contexto. Es una relación más creativa, menos deudora de la postal. El trípode sobra, son solo «instantes decisivos», lo sublime se te puede escapar y convertirse en zafiedad gruesa. Pero la magia existe y, durante milésimas de segundo, te puedes hacer con ella y engancharte para siempre. Ciudades imperfectas donde es posible el imposible fotográfico.

La relación del fotógrafo con la ciudad siempre es compleja. Depende a veces de factores extraños a la lógica, y uno debe estar abierto a esa búsqueda de lo irreal, de lo casual, del azar. Las obras plásticas, en general, exigen una programación, una disciplina. No ocurre así en la fotografía urbana, en donde lo casual-imaginario es la base del trabajo. Y, a veces, la mayoría de lo vivido –el paisaje interior– poco tiene que ver con lo logrado. Eso nos hace mantener la tensión por la búsqueda de adecuación de lo imaginado y la relativa decepción porque solo logras el hálito o el suspiro, a veces bellissimo, del sueño. Es un esfuerzo agotador pero cargado de ilusiones y frustraciones a la vez.



Ficción o realidad

En Chandigarh, la capital del Punjab, en la India, sufrí quizás esa horrible decepción de que el imaginario del recuerdo me pudo sobre lo que veía. Ese *déjà vu*, a veces, se impone implacablemente y domina la toma. No se nos permitía hacer fotos en un escenario con sacos terreros –había escaramuzas de rifles entre los sijs y los hindúes– y con el maravilloso Parlamento, realizado por Le Corbusier, de frente. Rosa Montero y yo simulábamos ser turistas que «solo» queríamos destacar la obra del gran arquitecto. Duró poco la simulación. Unos niños jugando con un aro pasaron delante de nosotros y el imaginario me pudo, el recuerdo de la niñez, el olor agridulce como de fruta pasada, todo hace que se te nuble la visión y disparas la cámara a un indefinido paisanaje profundamente evocador y traicionero con la realidad que ves. Solo pude hacer unas pocas fotos. No éramos turistas. Ni de lejos.

Como dijo el Maestro Ayala en su libro *De mis pasos en la tierra*, «mientras la literatura, interpretando la realidad de la experiencia cotidiana, finge un mundo imaginario, la fotografía, bajo la pretensión de reproducir servilmente la realidad captada por el objetivo, mas bien la transporta a un ficticio mundo poético». De acuerdo en todo menos en lo de «servilmente». Pero claro, estábamos en los comienzos de la fotografía, cuando lo que se veía era la pretensión única de copiar por parte del fotógrafo. Y, de paso, hacía poesía. ¿Ficción o realidad?